RHESLOCK HOLMES Y EL CRIMEN DE LA TIENDA DE ANTIGÜEDADES

Saulo Rodríguez Lajusticia

RHESLOCK HOLMES Y EL CRIMEN DE LA TIENDA DE ANTIGÜEDADES

Saulo Rodríguez Lajusticia

Copyright © 2022 Saulo Rodríguez Lajusticia
Todos los derechos reservados.
Registrado en SafeCreative. Identificador 2204140919798

ÍNDICE

PERSONAJES POR ORDEN ALFABÉTICO
COMENTARIOS DEL AUTOR
1
2
3
4

PERSONAJES POR ORDEN ALFABÉTICO

BERGENS, Martha: Trabajadora de la tienda de antigüedades.

HARRISON, Walter: Dueño de la tienda de antigüedades y víctima asesinada.

HATTON, Louis: Transportista de la empresa «Alfred Smith e hijos».

HIGGINS: Antiguo líder de una pandilla que ayudaba a Rheslock Holmes cuando este se lo pedía, especialmente para trabajos de calle.

HOLMES, Rheslock: Detective privado, protagonista de la historia.

LESTRAT: Inspector de Scotland Yard.

PETERS: Policía.

RAWLINSON, Constance: Clienta de la tienda de antigüedades.

SMITH, Jack: Dueño de la empresa «Alfred Smith e hijos».

STEPHENS, Henry: Antiguo trabajador de la tienda de antigüedades.

WATS: Doctor en Medicina, inseparable compañero de Rheslock Holmes.

COMENTARIOS DEL AUTOR

La popularidad que sir Arthur Conan Doyle adquirió con Sherlock Holmes fue tan abrumadora que, mientras él todavía vivía, surgieron multitud de pastiches y nuevas aventuras protagonizadas por el personaje, responsabilidad de otros autores, que no solo se limitaron a la producción literaria, sino también a la cinematográfica.

De entre una enorme lista de títulos, uno de los primeros que más fama alcanzó fue *Arsène Lupin contre Herlock-Sholmès* (1908) en el que su autor, Maurice Leblanc, recurrió a este ingenioso cambio de letras.

En la actualidad y desde hace ya unos cuantos años, Sherlock Holmes es un personaje que pertenece al dominio público y que, precisamente por ello, puede ser utilizado libremente por cualquier autor, existiendo sentencias judiciales que avalan esta posibilidad.

Pese a ello, los herederos de Conan Doyle han registrado las marcas «Sherlock Holmes», «Doctor Watson» e incluso «señora Hudson», por lo que utilizar estos nombres sigue siendo una cuestión controvertida, aunque muchos escritores lo han hecho sin que hayan sufrido, en apariencia, ninguna penalización por ello.

Hace casi treinta años que empecé a ver con mi padre las películas de Sherlock Holmes en blanco y negro que protagonizaron Basil Rathbone y Nigel Bruce entre 1939 y 1946 y que se convirtieron en habituales de la programación de verano de La 2 de TVE. Siempre me daba pena que acabaran y las volvía a ver una y otra vez, cosa que aún sigo haciendo.

También por aquella época, a mediados de los años noventa, nació en mí un deseo de escribir historias de misterio, gracias a Sherlock Holmes, pero también a los Tres Investigadores de los libros de Robert Arthur y otros a los que presentaba Alfred Hitchcock y a, por qué no decirlo, Scooby Doo.

Este primer intento, que espero que no sea el único, está dedicado a mi padre, con quien vi todas aquellas películas, si bien, visto lo visto, quizá sea más conveniente decir que cualquier similitud

que haya entre los personajes de esta novela y los que creó sir Arthur Conan Doyle es mera coincidencia.

1

No puedo decir que Rheslock Holmes y yo seamos desconocidos. Todo lo contrario. Desde que, hace ya bastantes años, comenzaron a publicarse nuestras aventuras, nuestra popularidad fue creciendo casi hasta hacerse insostenible.

Muchas de esas historias no nos hacían justicia para nada. En muchas ocasiones, era yo el que no aparecía en ellas, lo cual debo confesar que me irritaba bastante porque, si no hubiera sido por mi decisión de comenzar a escribir, serían muy pocos los que conocerían hoy a Rheslock Holmes.

En otras ocasiones, mi querido amigo era completamente ridiculizado o se le presentaba como una especie de fantoche ridículo, como los muchos mimos que no tienen otra función más que provocar la carcajada del público.

No puedo negar las excentricidades que siempre ha tenido Rheslock Holmes y yo he sido siempre el primero en contarlas y en criticarlas. Ahora bien, creo que en los últimos años se le ha hecho muy poca justicia y se le ha recreado de una forma que poco o nada tiene que ver con como es él.

Precisamente una tarde estuvimos hablando de esto. Era uno de aquellos días en los que se encontraba especialmente abatido, lo cual, como los lectores ya sabrán por otras aventuras del pasado, tampoco era nada extraño que no hubiera sucedido otras veces, especialmente cuando no se presentaba ningún caso interesante que supusiera el reto mental que tantas veces necesitaba.

Creyendo que, una vez más, era esto lo que le preocupaba e incluso consumía, intenté animarlo y, en un arranque de total

sinceridad que me pareció mezclada con cierto tono de tristeza, me habló de su imagen en los medios de comunicación e incluso me nombró una película que, según me contó, habían rodado un par de años atrás, es decir, en 1900 y en la que, en apenas un minuto, eran tres o cuatro veces las que un ladrón se burlaba de su persona.

A nadie se le escapará lo que a Rheslock Holmes le gustaron siempre los halagos y el reconocimiento a su labor. Aunque no todo lo que se escribía de él en la prensa o se mostraba en ese nuevo invento que reproducía a gran velocidad varias fotografías era malo, ni mucho menos, él tenía la enorme sensación de que se había distorsionado bastante su imagen y que, en ocasiones, poco o nada tenía que ver con la realidad.

No quiero aburrir al lector con todo lo que conversamos aquella tarde, puesto que su repaso por las historias que de él se habían escrito fue francamente abrumador y exhaustivo. Tras su larga exposición, el giro que tomó una conversación que tenía mucho de monólogo me sorprendió y me dejó prácticamente sin capacidad de reacción. Quería que retomara mi labor y siguiera contando y narrando todas aquellas historias que vivimos juntos y que, por diversos motivos, no habían visto la luz.

Perplejo por algo que no esperaba a aquellas alturas de la vida después de haber puesto por escrito por lo menos una cincuentena de ellas, le recordé las muchas veces que había criticado mi forma de escribir. También le recordé que el día que me contó la historia del ritual de aquella familia, me habló de muchos otros casos de los que había recopilado algunas notas y que, pese a mi vivo interés por ellos, él no se mostró muy ilusionado ante la posibilidad de que yo los diera a conocer.

Me respondió que la inmensa mayoría de ellos seguirían así, puesto que, como él mismo me había dicho en su momento, muchos tuvieron bastante de experimentales y no todos fueron éxitos. Pertenecían a un ámbito, si se quiere, privado o con una carga sentimental mayor que los demás, motivo por el que prefería que se mantuvieran tal y como habían estado hasta el momento.

—Sin embargo, mi querido Wats, creo que ha llegado la hora de

desempolvar viejas notas y papeles y dar relevancia a algunos de los casos que en su momento decidimos archivar, porque quizá no resultaban tan enrevesados o espectaculares como podían ser los que sí se publicaron.

—¿Está hablando del caso de la muleta o el de la rata gigante, del que más de una vez le he oído hablar sin que me haya contado nada? —le pregunté esperanzado de que por fin se hubiera decidido a sacarlos a la luz. No tardó en decepcionarme.

—No, mi querido Wats. Por lo menos, no por ahora. ¿Quién sabe si algún día se los cuento para que usted los escriba? Sé que le hace mucha ilusión..., pero yo había pensado en casos en los que participamos los dos juntos porque su colaboración siempre ha sido imprescindible para mí.

Recordé que no siempre había sido así y más de alguna vez me había ocultado sus verdaderas intenciones a fin de que no delatara sus planes, según decía él, mediante una excesiva sobreactuación. No era algo que me hubiera sentado bien porque lamentaba profundamente esa falta de confianza. También había días enteros que no había sabido nada de él y la verdad es que, en esos momentos, no me había sentido especialmente valorado... pero, desde luego, eran cosas que ya habían quedado atrás y ciertamente siempre me explicó los motivos por los que había actuado de esa manera.

—¿Estaba pensando en algún caso en concreto? —le inquirí.

—No sé. Lo cierto es que a veces tengo la sensación de que únicamente han quedado en el recuerdo de la gente los más espectaculares, aquellos en los que luché contra aquel profesor de infausto recuerdo o aquellos en los que dicen que salvé a Inglaterra de alguna amenaza extranjera. Pero lo cierto es que hubo otros muchos más mundanos, mucho más simples, no tan espectaculares y, en mi opinión, mucho más reconfortantes.

—No sabría qué decirle, Holmes. La aventura de la piedra azul o la de aquellos que habían sido envenenados por una droga en combustión fueron, por ponerle algunos ejemplos, casos carentes de esa espectacularidad de la que me habla e igualmente atrajeron enormemente al gran público —le repliqué, intentando averiguar a

dónde quería llegar.

—¿Qué le parecería el caso del asesinato del anticuario? No recuerdo que nunca lo pusiera por escrito ni que ni siquiera me dijera que hubiera tomado unas notas del mismo —me apuntó.

No sé por qué me dio la sensación de que esta elección no había sido en realidad tan fortuita o espontánea como parecía, sino que en realidad ya tenía pensado pedirme que escribiera sobre el caso. Lo cierto es que, no obstante, me pareció una buena idea y, sin haberlo sospechado al comienzo de la tarde, esa misma noche tuve un inesperado encuentro con la pluma y el papel, dos viejos amigos a los que había dejado abandonados hacía unos cuantos años.

Fue en un mes de julio en el que las temperaturas estaban siendo más elevadas de lo que era habitual. No recuerdo muy bien qué año era, pero no hacía mucho que había comenzado el nuevo siglo y fue poco después de que se publicara el asunto del sabueso... quizá 1902 ó 1903, pero no estoy seguro.

Nuestro ya viejo conocido inspector Lestrat había venido a vernos una mañana para pedirnos que le acompañáramos a una dirección en la que había aparecido el cadáver de un anticuario. De entrada, parecía algo de lo más corriente y que no debía resultar complejo para la policía, si bien lo cierto es que, cuando hablábamos de algunos de los inspectores de Scotland Yard y, en especial, de Lestrat, lo más simple podía ser para ellos algo de notable complejidad.

Como estábamos completamente ociosos y no teníamos nada significativo entre manos, con lo fatídico que ello resultaba siempre para el estado de ánimo de Holmes, accedimos a ir con él.

Según nos contó de camino, Walter Harrison era un anticuario de sesenta y tres años que había aparecido muerto de un fuerte golpe en la cabeza, al parecer propinado por un agresor que había utilizado un atizador que había abandonado en la propia escena del crimen, arrojándolo al lado del cuerpo.

En apenas un cuarto de hora, llegamos a la tienda de antigüedades. La zona había sido acordonada, un par de policías

estaban apostados en la entrada y unos cuantos curiosos no perdían detalle desde la acera de enfrente. Cuando bajamos del coche de caballos, uno de los policías acudió a saludarnos, mientras el otro nos abría la puerta para que pudiéramos pasar.

En el interior, un tercer policía se encontraba al lado de una chica joven, morena y de escasa estatura. No había que ser especialmente sagaz para descubrir dónde estaba el cadáver, puesto que se encontraba en el centro de la tienda con la cabeza abierta por el atizador.

Debo confesar que aquello me había llamado la atención, puesto que un asesinato con atizador parecía algo más propio de mansiones con chimenea que de una tienda en el centro de la ciudad, pero al momento me di cuenta de que, apoyado junto a una columna, había un receptáculo en cuyo interior se encontraban varios que eran similares.

Parecía evidente que el asesino había echado mano de uno de ellos, había descargado el golpe mortal y luego lo había arrojado al suelo cuando su víctima yacía ya muerta o quizá mientras estaba moribunda.

Holmes se había puesto en cuclillas y estaba concentrado mirando tanto la herida que la víctima tenía en la frente como el atizador, mientras Lestrat deambulaba por toda la tienda, tan pronto mirando con cara de pasmo a la chica como intentando no perder detalle de nada de lo que hacía mi amigo.

Incorporándose de repente y dando por terminado el examen ocular, Holmes se dirigió al policía que acompañaba a la joven y le interrogó con la mirada.

—Se trata de Martha Bergens —le informó, anticipándose a la pregunta—. Trabaja aquí y es quien ha encontrado a la víctima esta mañana.

—Yo... no he hecho nada —balbuceó en cuanto sintió que todas las miradas apuntaban hacia ella.

Estaba asustada. Según ella misma nos contó, tenía diecinueve años y hacía cuatro meses que había empezado a trabajar en la tienda ayudando a la víctima. Su trabajo no era muy concreto y unas veces le

tocaba atender a los clientes, otras veces empaquetar o desempaquetar todo tipo de objetos, otras veces ver qué es lo que podía hacer falta en la tienda...

Nos contó que su jefe, el señor Harrison, parecía el típico especialista que siempre estaba estudiando su colección o valorando qué nuevos artículos podía adquirir o qué precio poner a aquellos que vendía. A menudo ensimismado en su mundo, era Martha la que se encargaba de los asuntos más mundanos, puesto que él podía pasar mañanas enteras sin salir de la trastienda.

—Me figuro que descubriste el cadáver tan pronto entraste en la tienda esta mañana. ¿Hubo algo en especial que te llamara la atención? —le preguntó Holmes recurriendo a la afabilidad con la que siempre había tratado a Higgins y a sus muchachos.

—No, no, señor. La verdad es que no vi nada. Me quedé aterrorizada y lo único que pude hacer fue salir a la calle a gritar y pedir ayuda —expresó mientras parecía luchar por no llorar.

—¿Fuiste tú quien avisó a la policía?

—Sí... bueno, no. Pararon varias personas cuando me oyeron gritar y se acercó un policía... o quizá fueron dos, no me acuerdo. Lo siento, estaba muerta de miedo —se disculpó.

—No te preocupes, Martha. Las personas nos creemos muy valientes y pensamos que podemos ver de todo, pero no todos pueden tener el aplomo de los profesionales —comentó, en mi opinión de forma muy estúpida, el inspector Lestrat, que me figuro que no quería dar la sensación de que estaba allí de comparsa.

Rheslock Holmes no dijo nada cuando escuchó el comentario de Lestrat, sino que solo esbozó una sonrisa de mofa.

—Lestrat, no creo que haya ningún motivo para que la señorita Bergens esté aquí más de lo estrictamente necesario. El doctor Wats y yo nos iremos con ella a dar un paseo y hablaremos con calma.

—¿Está usted loco, Holmes? ¿No pueden hablar aquí en mi presencia? No puedo permitirle que actúe por su cuenta, que se lleve a una testigo y que yo no me entere de la mitad de los detalles que debería conocer —protestó.

Rheslock Holmes estalló en carcajadas ante semejante arranque.

—Mi querido Lestrat, no sea histérico. Su presencia es necesaria para dirigir el levantamiento del cadáver, mientras que la señorita Bergens, el doctor Wats y yo no vamos a hacer otra cosa más que molestar aquí. Somos demasiada gente en una tienda tan pequeña.

»En todo caso, Martha, cuando hayan terminado su labor estos señores, necesitaremos que vengas con nosotros de nuevo aquí a la tienda para que, con tranquilidad, sin ninguna prisa y sin muertos, observes todo lo que hay y nos digas si echas algo en falta.

—¿Por si hubieran robado algo? —preguntó la muchacha.

—Efectivamente, Martha. Parece que es lo que ha podido pasar.

Dicho esto, Lestrat y los agentes se quedaron solos en la tienda. Nosotros tres nos alejamos de allí y fuimos a pasear por un parque que se encontraba en las inmediaciones. Me preguntaba por qué Holmes había querido que hiciéramos eso.

No tardé en darme cuenta de que la idea había sido buena, puesto que la chica se relajó visiblemente y mucho más de lo que hubiera sido posible en aquella pequeña tienda que, a causa del verano, parecía un horno.

—Mucho mejor aquí que en la tienda, ¿verdad? —comenté para romper el silencio que se había creado.

Martha Bergens sonrió tímidamente y Holmes, tras comentarle que el inspector era un policía bienintencionado pero en ocasiones con muy poco tacto, lo que hizo que estuviera a punto de desternillarme por el hecho de que fuera él precisamente quien acusara a Lestrat de eso, le preguntó si había visto alguna persona o varias de ellas que hubieran entrado en la tienda con más frecuencia de la habitual.

Estando el local en el centro de Londres, estaba claro que iban a ser muchos los que lo visitaran, bien con intención de comprar o simplemente a fin de curiosear. Era evidente que la chica no podía recordar a todo el mundo que había entrado en la tienda en los cuatro meses que llevaba allí trabajando, pero lo cierto es que sí podía haber alguien que se dejara caer por allí con mayor frecuencia.

Su testimonio no fue todo lo esclarecedor que nos hubiera gustado o, por lo menos, a mí no me lo pareció.

—Las personas que más veces acudían eran transportistas. Unas

veces venían a traer paquetes y otras veces a llevárselos. Ya les dije que era normalmente yo quien me encargaba de los paquetes y cajas, puesto que mi jefe podía estar horas enteras sin salir de la trastienda.

—¿Era siempre el mismo transportista? —fueron mis primeras palabras en este caso.

—Solo venía uno cada vez, nunca venían juntos.

—Quiero decir —maticé— que si el que venía a la tienda era siempre el mismo o unas veces uno, otras veces otro...

—Había tres... Bueno, por lo menos son tres los que yo recuerdo. Yo solo trabajo... trabajaba por las mañanas. No sé si por la tarde venía algún otro. Lo que más venían eran clientes.

—¿Solo has estado trabajando por las mañanas, dices? ¿Sabes si tu jefe tenía contratada a otra persona para las tardes? —preguntó Holmes.

—No, no, no lo tenía. Yo no iba por las tardes, como les digo, pero el señor Harrison, aunque tampoco hablaba mucho conmigo, me había dicho que solo yo le ayudaba y la verdad es que cada mañana encontraba todo igual que como lo había dejado la anterior —nos aclaró.

—De acuerdo. Sobre esos transportistas... ¿hay algo en especial que recuerdes sobre ellos? Me figuro que no sabrás cómo se llaman, aunque quizá en la tienda tengáis algún papel que os entregaran o algo en lo que conste cómo se llamaban. Cualquier cosa que nos pueda ayudar estaría muy bien —siguió diciéndole mi amigo.

Nos dio alguna ligera descripción de dichos transportistas, recurriendo a una serie de vaguedades que se podían aplicar en realidad a cualquier persona de la calle. Esperé escuchar algún detalle de estos que tan oportunos resultan en las novelas de detectives, tales como cicatrices o tatuajes, pero no mencionó nada de eso para nuestra desgracia. Tras esto, pasó a hablar de tres o cuatro coleccionistas con los que su jefe tenía trato, algún que otro cliente cuya descripción fue también tremendamente vaga...

—Perdona, Martha —le interrumpió Holmes con cierta brusquedad—. Durante estos cuatro meses que trabajaste en la tienda... ¿siempre estuviste sola?

—No —nos contestó, ligeramente dubitativa—. El primer mes o mes y medio había un chico que trabajaba conmigo también, pero luego se fue o lo despidió el señor Harrison. No sé lo que pasó, la verdad. Lo cierto es que una vez se fue a media mañana y ya no lo volví a ver.

—¿Recuerdas cómo se llamaba ese chico? —pregunté.

—No, la verdad es que no —respondió encogiéndose de hombros.

Rheslock Holmes permaneció callado por espacio de un minuto. Yo no me atrevía a hablar porque no tenía claro si quería seguir haciéndole preguntas a la chica y tenía miedo de desviar el hilo de la conversación si yo hablaba y que mi amigo se enojara por ello, por lo que preferí quedarme mudo a fin de no meter la pata. Finalmente, rompió su silencio y nos propuso volver a la tienda.

Como no nos habíamos alejado mucho, a los diez minutos a lo sumo nos encontrábamos de nuevo en su interior. El cadáver había sido retirado, aunque todavía no se habían limpiado las salpicaduras de sangre que había provocado la herida mortal del propietario. Con todo, Lestrat, que allí seguía, nos aseguró que ya se habían recogido todas las evidencias que allí pudiera haber y que el resto de los datos los arrojaría la autopsia, por lo que podíamos movernos por allí sin miedo a realizar ninguna alteración en el escenario.

—Martha —empezó diciendo Holmes tan pronto el inspector hubo comentado esto—, debemos averiguar por qué se produjo el asesinato. Puede ser por muchos motivos, pero uno de ellos podría ser el robo y, de entrada, parece ser el principal. Es posible que tu jefe sorprendiera a alguien robándole, intentara impedirlo y entonces fuera atacado, resultando muerto en ese enfrentamiento. Como te hemos dicho el doctor Wats y yo antes, necesitamos que mires los objetos que hay aquí y que nos digas si crees que falta algo.

—Puedes tomarte todo el tiempo que necesites —añadí yo para suavizar la situación ante el severo rostro de Holmes, quien me echó una mirada fulminante por mi intervención.

Para mis adentros, pensé que ojalá no tardara mucho tiempo en

hacerlo, puesto que, como ya he dicho, la temperatura dentro de la tienda era bastante elevada y molesta.

Quizá porque lo que Martha nos había contado en el parque no me parecía que nos fuera a ser especialmente útil por la cantidad de personas que había nombrado, lo cierto es que tampoco tenía mucha fe en que lo que, o bien encontrara o bien echara en falta en la tienda, nos fuera a servir de mucho. La veía deambular de aquí para allá, abrir cajas y cajones, mirar aquí y allá y, por lo general, estar bastante perdida.

Lancé una mirada a Lestrat y a Holmes. Mientras que el primero tenía su acostumbrada expresión bobalicona, me dio la sensación de que el segundo compartía mi impresión de que estábamos perdiendo el tiempo y que no íbamos a sacar nada provechoso de lo que nos dijera la chica.

—De hecho... —dijo ella de repente.

—¿Qué? —se me escapó, delatando mi impaciencia por que dijera algo.

—Puede que los vendiera ayer por la tarde o algo... eso no lo sé, pero hace una semana el señor Harrison estaba bastante contento porque había adquirido unos sellos que, según él, eran muy valiosos. Los tenía guardados en un sobre encima de su mesa... y ahora no veo ese sobre por ningún lado.

—¿Estás segura de que tenía ese sobre en la mesa? ¿No pudo haberlo guardado en algún cajón o algo? —preguntó Holmes, mirándola inquisitivamente.

—Mira bien en los cajones de su mesa, Martha, por si acaso encuentras ese sobre —le indicó Lestrat, con cierto brillo en los ojos ante lo que podía ser una valiosa pista.

La chica estuvo abriendo varios cajones, archivadores y armarios y, cuando lo hizo, negó con la cabeza.

—Ya les digo que pudo haberlos vendido ayer por la tarde o quizá los llevó al banco o algo. ¿No suelen guardarse las cosas valiosas en cajas de seguridad? —añadió.

—Pudiera ser. Ya lo investigaremos. ¿Es lo único que echas en falta? —le preguntó Holmes con un semblante más serio que hasta el

momento, quizá al haberse dado cuenta de que, si los sellos sustraídos eran muy valiosos, posiblemente el asunto era más grave de lo que ya de por sí parecía.

—No... la verdad es que eso es lo único. Quitando alguna otra cosa de poco valor que sí debió de vender mi jefe ayer... un par de libros antiguos que no he visto en la estantería... no se me ocurre nada más, la verdad —comentó ella.

Mis colegas dieron por concluido el interrogatorio y Lestrat, después de que Holmes hiciera un gesto de asentimiento expresándole conformidad, le indicó a uno de los agentes que la llevara directamente a su domicilio. Lestrat, Holmes y yo salimos igualmente a la calle después de que Martha Bergens se hubiera marchado. El inspector se ofreció a acercarnos a Marylebone Road al haber sido él quien nos había traído hasta la tienda de antigüedades, si bien Rheslock Holmes propuso que fuéramos a comer a un restaurante que él conocía y que se encontraba cerca de aquel lugar.

No tenía muy claro si debía sacar o no el tema de la investigación. Hay personas a las que no les gusta mezclar el trabajo con el placer o, por lo menos, con el ocio. Comer, más que una necesidad fisiológica, se convierte muchas veces en la desconexión de la rutina a la que todos recurrimos y pensé que a lo mejor a mis colegas no les gustaría que me pusiera a hablar del tema.

Lo cierto es que, en estas situaciones, Holmes resultaba completamente imprevisible y lo mejor era siempre esperar a ver cómo actuaba. Si en nuestros primeros casos se había mostrado por lo general reacio a compartir conmigo sus pensamientos y razonamientos hasta que no demostrara lo que quisiera demostrar, con el tiempo sí que lo había hecho alguna vez en vez de esperar hasta el final.

Cuando lo empezó a hacer, me sentí muy agradecido porque me dio la sensación de que por fin me valoraba lo suficiente como para ir analizando conmigo los detalles de las investigaciones. No tardé en darme cuenta de que, en realidad, tan solo lo hacía cuando le apetecía y unas veces podía contarte todo con detalle, mientras que otras no había quien le sacara una sola palabra e incluso le molestaba que se le

preguntara por ello.

No sé si sería porque esta vez estaba Lestrat con nosotros o simplemente porque en esta ocasión sí que le apetecía hacerlo, pero lo cierto es que él mismo sacó el tema mientras esperábamos a que nos trajeran nuestros platos.

—¿Alguna idea sobre el caso, señores?

—Alguien vio los sellos que el dueño de la tienda tenía en su poder, lo mató y se los llevó —respondió apresuradamente Lestrat para tomarme la delantera.

—Puede ser —corroboré, apoyando la teoría del inspector, pero intentando ir más allá de lo poco que él había dicho—. Harrison debía de poseer sellos de gran valor y se los han robado. Posiblemente sorprendió al ladrón y este le atacó con el atizador, con la mala suerte de que lo mató. Muy posiblemente ni siquiera quisiera matarle.

—¿Sospechan de alguien? —siguió preguntando Holmes, con una ligera sonrisa.

—Es muy improbable que sea alguien de quien nos haya hablado la muchacha, pienso yo. Vamos a ver, es posible en realidad —maticé —, pero entre unos y otros son muchos los que han entrado por la tienda.

—No creo que fueran tantos, mi querido Wats. Quiero decir, que las antigüedades tienen su mercado, pero tampoco es algo tan frecuentado como otras tiendas. Piensen que estamos hablando de una clientela muy selectiva. Hace falta un considerable poder adquisitivo para ello. Las antigüedades, especialmente cuanto más únicos sean los ejemplares en cuestión, no están al alcance de cualquiera. Quiero decir que habrá seguramente varias personas de entre las que ha descrito la muchacha que pudieran haberlo hecho, pero, en el supuesto de que haya sido algún cliente, yo no creo que vayan a ser una inmensidad —comentó Holmes, mientras miraba hacia un punto indeterminado.

—Puede ser, pero nadie averigua la identidad de un cliente que no compre nada y que entra solo a curiosear o a pasar el rato. Cualquiera pudo haber visto los sellos... —indicó Lestrat.

—¿Unos sellos que estaban en un sobre en una trastienda y

encima de una mesa que no se ve desde el mostrador? Sí, Lestrat, a lo mejor alguien entró con un catalejo y fue capaz de verlos desde fuera de la trastienda —le interrumpió Holmes riéndose del inspector.

Aunque yo también me reí, debo reconocer que no había reparado en ello. El testimonio de Martha Bergens me había parecido tan lógico y coherente que no había reparado en que ver los sellos a tanta distancia era bastante poco probable.

—No, no, quien robó esos sellos no era alguien que entró desde la calle, los vio y decidió volver a por ellos. Fue alguien que sabía lo que buscaba y que sabía además dónde encontrarlo.

—Pero Holmes, sólo el muerto conocía la existencia de esos sellos... bueno, y también la chica, Martha —apunté.

—Y el que se los vendió y quizá alguien más que la señorita Bergens no conoce... También quizá alguien que fuera socio de Harrison, algún suministrador de materiales... —enumeró Holmes—. Desde luego, cualquiera antes que un cliente eventual.

—También el muchacho ese que estuvo trabajando en la tienda el primes mes de Martha... —añadí.

—Veo un poco más difícil en su caso que se enterara de la existencia de los sellos porque, recuerde Wats, que la chica comentó que hacía tres meses que se había marchado o que Harrison lo había despedido. Ya nos enteraremos de cómo fue la cosa, pero no creo que mantuviera ningún contacto con la tienda porque Martha nos habría dicho algo al respecto.

Nos trajeron los platos y por espacio de unos diez minutos ninguno de los tres hicimos ningún comentario, sino que nos dedicamos a atacar la comida porque, por lo menos yo, tenía bastante hambre y lo cierto es que el mismo buen apetito le vi a mis compañeros.

—Lo que parece claro —aventuré de repente para ver si Holmes y Lestrat tenían ganas de seguir hablando del tema— es que el atizador podrá darnos pistas sólidas.

—El atizador no nos dirá nada de nada —soltó Holmes de golpe, dejándome con la boca abierta y haciendo lo propio con Lestrat.

—¿Por qué no? —fue lo único que pudo este decir.

—Porque el asesino nunca tuvo en sus manos ese atizador. No, no. Fue el arma con la que se defendió Harrison, que es muy distinto.

—Pero... ¿cómo lo sabe? —pregunté estupefacto.

—Es muy evidente, Wats. No había manchas de sangre en su punta. ¿Se fijaron bien en las heridas de la frente del muerto?

—No... no sé. ¿Qué quiere decir? —balbuceé.

—Pudo haber limpiado la sangre del atizador y por eso no había —dijo Lestrat, que tampoco tenía claro a dónde quería llegar Holmes.

—Pero... ¿quién se pone a limpiar la sangre del arma de un crimen y la arroja allí mismo al lado del muerto? ¿No hubiera sido más sencillo llevarse consigo el atizador y hacerlo desaparecer?

Tan pronto como lo dijo, me di cuenta de lo ilógico que resultaba y del hecho de que, efectivamente, el arma del crimen debería haber tenido algún resto de sangre. Es cierto que podía haberlos y que solo fueran perceptibles con microscopio, pero, ante unas heridas tan aparatosas como las que tenía Harrison, debería haber dejado sí o sí rastros de sangre en el atizador y lo cierto es que yo no había visto tampoco ninguno.

—El atizador era puntiagudo —continuó explicando Holmes—, pero en las heridas de la frente no había ninguna incisión profunda, como habría provocado si hubiera sido descargado con fuerza sobre la cabeza. La autopsia lo confirmará, pero lo que había eran rajas, los cortes típicos de cuando uno se golpea con algo que le abre una brecha.

—Quiere usted decir que no había agujeros en la cabeza, pero puede ser que Harrison no fuera golpeado con la punta, sino con cualquier otra parte del atizador, lo que habría provocado una herida similar a la de una barra de hierro —apuntó Lestrat, enarcando las cejas y con un rostro en el que parecía detectarse cierta satisfacción por haber encontrado un aparente defecto en el argumento de Holmes.

—Puede ser, pero insisto en que, en una parte o en otra del atizador, debería haber manchas de sangre y no se veía ninguna, ni en la punta ni en el mango —afirmó plenamente convencido.

—Pero, Holmes, la empuñadura del atizador reposaba a la altura de los pies de la víctima y la punta hacia arriba, es decir, que esa

posición indica que fue un agresor el que lo manejaba y no Harrison el que lo utilizó para defenderse —reparé.

Permaneció unos diez segundos en silencio, tomó un sorbo de vino y añadió:

—A no ser que la víctima lo hubiera empuñado, hubiera asestado un golpe con él al asesino, este lo hubiera detenido con alguna parte de su cuerpo y, al impactar y encontrar resistencia, el atizador se le hubiera escapado de las manos a Harrison y hubiera descrito un giro de ciento ochenta grados por la inercia.

En lo que duró el resto de la comida, nada más volvimos a hablar sobre el tema.

2

Los resultados de la autopsia dieron la razón a Holmes en todo cuanto había dicho. Efectivamente, las heridas que habían causado la muerte de Walter Harrison habían sido hechas con un objeto romo y no con uno puntiagudo. A ello se sumaba lo que él también había observado, es decir, que no había ni rastro de sangre en el atizador, por lo que se desmoronaba por completo la teoría de que se tratara del arma asesina.

El análisis del cadáver también había determinado que la muerte se había producido por la noche. Parecía evidente que quien fuera había entrado en esos momentos en la tienda suponiendo que estaría vacía e, imagino que para su sorpresa, se habría encontrado con el propietario, a quien habría dado muerte no sin que este se hubiera intentado defender.

Resultaba extraño que Harrison estuviera por la noche en la tienda. Lestrat contactó de nuevo con Martha Bergens para preguntarle sobre este asunto por si ella sabía algo de esto o por si intuía los motivos. Contestó que no tenía ni la menor idea de qué hacía su jefe tan pronto ella salía por la puerta cada mediodía, si bien siempre lo encontraba ya allí cuando llegaba cada mañana.

No es inusual que el propietario de un negocio llegue antes que sus empleados, por lo que era perfectamente normal que Martha Bergens siempre lo encontrara allí cada mañana llegara cuando llegara; sin embargo, que también lo hubiera hecho el asaltante nocturno era ya algo que resultaba menos lógico.

La investigación subsiguiente aclaró la cuestión. Harrison no tenía ningún domicilio conocido y únicamente constaba de él la dirección de su tienda. Quizá por no poder afrontar el pago de un

arrendamiento si la tienda no le generaba muchos beneficios o quizá por una simple decisión suya al margen de lo económico, lo cierto es que había convertido su tienda en su hogar, faceta que parecía no haber compartido con nadie.

Después de comer, Lestrat se había retirado a Scotland Yard y Holmes y yo habíamos pasado toda la tarde de puerta en puerta interrogando a los vecinos de la víctima para ver si descubríamos algo de interés. No encontramos a nadie que nos hablara bien de él o que le hiciera un retrato más o menos favorable. Todos con los que hablamos lo definían como arisco, malhumorado, hosco, poco sociable y uno de ellos incluso lo comparó con Ebenezer Scrooge, el inolvidable avaro del *Cuento de Navidad* de Charles Dickens.

Hubo un tiempo en que Rheslock Holmes no hubiera ido llamando a las puertas de las casas en busca de testimonios de testigos, sino que esto se lo habría encargado a Higgins y sus muchachos, pero lo cierto es que dichos muchachos en realidad ya no lo eran y el propio Higgins llevaba ya unos cuantos años trabajando en una carpintería y prácticamente sin salir de ella, tal y como él mismo nos contó un día que vino a visitarnos.

Volviendo a Walter Harrison, todos coincidían en que no era de trato fácil y a no pocos les sorprendía que tuviera un negocio abierto de cara al público. Quizá por eso es por lo que había contratado a Martha Bergens y, antes que a ella, al chico con el que esta coincidió cuando había empezado a trabajar en la tienda.

El examen de sus documentos y libros de contabilidad no arrojaron toda la luz que nos hubiera gustado. Si al principio pensábamos, quizá de nuevo por asemejar a Harrison con Scrooge, que llevaría las cuentas a rajatabla y que tendría todo perfectamente anotado y al día, lo cierto es que nos topamos con una gran cantidad de recibos y facturas metidas a presión en una carpeta y sin ningún orden aparente.

Hablar de contabilidad era también algo excesivo. Dos o tres libretas en las que había garabateado algunas cifras asociadas a determinados objetos y todo ello ligado a fechas demasiado distantes entre sí como para establecer una continuidad era lo único a lo que

podíamos aspirar.

Agotados por un día en el que apenas habíamos parado, Holmes se había afanado en encontrar en medio del caos algo relacionado con los sellos de los que había hablado Martha, a fin de tener una dirección por la que tirar y a fin también de establecer su posible valor en el mercado. Cuando ya habíamos perdido la noción del tiempo y después de ver cómo el sueño quería paulatinamente apoderarse de nosotros, encontró de repente una anotación en una libreta en la que se podía leer «sellos 1872» y una dirección.

—¡Wats! ¡Observe! —me llamó excitado por el descubrimiento.

—Esto es una anotación de hace diez días, a juzgar por la fecha que se ha escrito aquí. Encajaría más o menos con la fecha que dijo la chica porque comentó que los había adquirido hace una semana. Podría ser... pero también le digo que me apetece que lo sea porque ya no puedo ni mantenerme en pie —le reconocí.

—Tiene razón, Wats —me dijo Holmes—. Ya hemos tenido bastante por hoy. Mañana iremos a la dirección que indica en esta nota. Retirémonos a descansar.

La dirección que figuraba en el papel se encontraba en una zona residencial alejada del corazón de Londres, de edificios de cierto lujo para clases acomodadas. Cuando llegamos allí, una joven doncella con uniforme nos abrió la puerta y, tras identificarnos, nos franqueó el paso y nos indicó que esperáramos.

No tardó en aparecer una mujer que rondaría la cincuentena y que, a juzgar por su exceso de maquillaje, estaba claro que quería aferrarse a una juventud que empezaba a quedar lejana en el tiempo. Dijo llamarse Constance Rawlinson y, tan pronto nos vio, nos invitó a que nos sentáramos.

Tras las preceptivas identificaciones y pese a que ya lo habíamos hecho con la doncella, Holmes le contó sucintamente lo que consideró que debía saber sobre la investigación que llevábamos entre manos, sin revelar ningún detalle más que los estrictamente necesarios.

—Había tratado varias veces con aquel viejo —dijo mientras expulsaba el humo de un cigarro que estaba fumando con boquilla, en

un alarde nada disimulado de querer aparentar no se sabía muy bien qué—. Era especialmente tacaño y siempre ofrecía mucho menos de lo que una estaba dispuesta a recibir, pero lo cierto es que, con un poco de insistencia, era relativamente fácil conseguir que aflojara en sus pretensiones y que acabara pagándote mucho más.

—Entiendo pues, por lo que dice, que su visita de la semana pasada no fue la única que le había hecho —le preguntó Rheslock Holmes después de que le hubiera enseñado la anotación en la que se encontraba escrita su dirección.

Al ver el fragmento de papel, Constance Rawlinson nos contó que, efectivamente, Walter Harrison se había personado en su propiedad diez días atrás.

—Había venido por lo menos un par de veces más antes de la de hace dos semanas. No sabría decirles fechas exactas ni nada por el estilo, pero lo cierto es que, de vez en cuando, tiendo a desprenderme de cachivaches y objetos que le encantaban a mi difunto marido, pero que a mí nada me dicen. No es que me estorben, pero tampoco quiero tenerlos por aquí, especialmente cuando puedo sacar un dinero por ellos.

—No parece que usted tenga muchos problemas de dinero —me atreví a decir.

Me miró molesta, como si quisiera que las preguntas se las hiciera Holmes y no yo y me respondió con marcada frialdad.

—No, señor. Gracias a Dios, no los tengo... lo que no quiere decir que no me apetezca vender de vez en cuando trastos inútiles o cosas que no necesito.

—¿Calificaría los sellos que le vendió la semana pasada como un trasto inútil? —siguió inquiriéndola Holmes.

—Puede que para muchos sean una joya, pero ya le aseguro yo que unos sellos de hace cuarenta años no aportan nada a mi vida —contestó con una altanería que me molestó.

—¿Podría indicarnos qué objetos le vendió en las otras ocasiones? —siguió preguntándole mi amigo.

Tras quedarse unos cuantos segundos pensando y con la vista perdida, Constance Rawlinson nos respondió con su ya habitual tono

de despreocupación:

—No... la verdad es que una vez vendía alguno de los objetos de mi marido solía olvidarme por completo de ellos. Podría ser unos jarrones... quizá unos cuadros... no sé, la verdad. No es que aquel señor fuera al único al que le vendía cosas.

—Me supongo que, habiendo sido hace diez días, sí que recordará algo de los sellos que le vendió, ¿no? ¿Podría por lo menos darnos algún detalle sobre ellos o describírnoslos de alguna manera? —le preguntó Holmes ya de forma áspera, cada vez más molesto ante la actitud displicente de la señora Rawlinson.

—Eran cinco sellos antiguos bastante bonitos, debo reconocerlo. Creo recordar que dijo que eran de los años setenta o algo así... No sé, de cuando éramos niños, pero tampoco puedo decirles mucho más sobre ellos porque no estaba demasiado interesada en las historias que siempre estaba contando mi marido.

Efectivamente, en la anotación que Harrison había hecho constaba el número 1872, lo que sin duda debía de referirse a que los sellos eran de ese año o, por lo menos, alguno de ellos. Bien pudiera ser también que el que más llamara la atención al anticuario, por los motivos que fuera, perteneciera a ese año, mientras que el resto no. La vaga y desganada declaración de Constance Rawlinson poco iba a ayudarnos a determinarlo.

—¡No no está ayudando en nada! —exclamé sin poder evitarlo.

—¡Ay, por favor, señores! Solo eran unos sellos. ¿Tanta importancia tienen como para que tenga que recordar todo sobre ellos? —me respondió burlona mientras mi antipatía hacia ella crecía a pasos de gigante, si es que no había alcanzado ya el máximo de lo imaginable.

—Señora Rawlinson, ¿nos puede decir cuánto cobró por ellos? —le preguntó Holmes, cortando sus aspavientos y dejando ver también su creciente enfado.

—Eso se lo puedo decir. Tan solo veinte libras. ¡Como lo oyen! Cuando entre en su tienda un día que estaba en Londres y le pregunté si estaría interesado en ellos imaginé que me ofrecería muchísimo más, pero, según él, no valían las quinientas que yo esperaba. El día

que vino para comprármelos me soltó un discurso tremendamente aburrido y le di los sellos por ese mísero precio para ver si se largaba cuanto antes. Si llego a saberlo, los hubiera tirado directamente al fuego.

Estuve a punto de soltarle un bufido cuando Holmes se adelantó a la situación, le agradeció fríamente que nos hubiera recibido y, tomándome del brazo y empujándome hacia la puerta, nos fuimos de aquel lugar.

—¡Menuda mujer más insoportable! —casi grité cuando ambos nos quedamos a solas, deseando en parte que ella lo escuchara aunque ya hubiéramos salido del edificio.

—Una mujer rica, mi querido Wats —me dijo Holmes mientras se reía al verme la cara—. Puede encontrar a muchos y muchas como ella en esta barriada. Se creen superiores a los demás únicamente porque tienen mucho más que los demás. No es la primera persona así con la que nos hemos topado a lo largo de los años, amigo mío, ni será por desgracia la última.

—No sé, pero me daban unas ganas tremendas de hacerle tragar cigarrillo y boquilla cada vez que abría su bocaza —me quejé.

Volvió a reír Rheslock Holmes con ganas y, cuando lo hubo hecho y estábamos ya montados en el coche de caballos que debía llevarnos a la ciudad, me miró con expresión de resignación.

—Lo peor, mi querido Wats, es que no hemos hecho otra cosa más que perder el tiempo —me dijo.

—¿Viniendo a ver a esta mujer, quiere decir?

—No, con todo el tema de los sellos en general.

Debí de poner una cara de total estupor, puesto que Holmes se rió por tercera vez.

—Creo que es más que evidente, mi querido amigo, que esos sellos no valían absolutamenta nada dado el precio por el cual Harrison los adquirió y que no estamos hablando tampoco de una gran antigüedad de estos. Puedo equivocarme, pero a no ser que formen parte de alguna ocasión conmemorativa o tirada especial, estoy seguro de que no tienen ningún valor.

—Pero Holmes... no tiene ningún sentido. Quiero decir, que

entonces... ¿era necesario matar por veinte míseras libras? —pregunté desconcertado.

—En según qué circunstancias y lugares, ya lo creo que le matarían por eso, amigo mío, pero en este caso lo cierto es que no tiene ningún sentido.

—A ver, es que si quien entró en la tienda hubiera sido un vulgar ratero que se encontró fortuitamente con Harrison, no le habría robado sellos, sino que hubiera cogido todo lo que hubiera tenido a mano. No me fijé si tenía caja registradora.

—La tenía, Wats —confirmó mi amigo. Se trataba de un invento estadounidense que, por aquella época, no tenían todas las tiendas, como sí fue sucediendo poco a poco con el paso de los años—. No la habían aparentemente tocado o, por lo menos, no se han encontrado en ella huellas que no fueran las de Harrison o las de Martha.

»No parece que el asesino buscara el dinero o, por lo menos, no el de la caja... pero lo que parece claro es que los sellos tampoco eran su objetivo principal. Pudo llevárselos si los vio y si le llamaron la atención, pero yo creo que tenía que estar buscando alguna otra cosa.

—Pero ¿qué otra cosa podría ser? —pregunté desconcertado.

—No lo sé, pero parece que habrá que poner la tienda patas arriba porque hay algo que se nos tiene que estar pasando por alto —concluyó Holmes con una expresión seria.

Y eso fue lo que hicimos, volver a la tienda sin una idea muy definida ni muy clara de qué debíamos buscar o, por lo menos, esto era lo que a mí me sucedía. La experiencia acumulada a lo largo de los años me había demostrado que, cuando Rheslock Holmes decía estar desconcertado por algo, en realidad no lo estaba ni una millonésima parte de todo lo que lo estaba yo, por lo que intuía que, en realidad, imaginaba mucho más en este caso de lo que lo hacía yo.

Estaba claro que debíamos centrarnos en cualquier cosa que se saliera un poco de lo corriente, si bien, en un lugar lleno de antigüedades, prácticamente todo se salía de lo habitual. Me daba también la sensación de que Walter Harrison debía de tener algún transtorno que le llevaba a acumular multitud de objetos, tuvieran

valor o no, puesto que muchos parecían no tener ninguno.

Antes de ir a la tienda, Rheslock Holmes sugirió que acudiéramos al banco en el que Walter Harrison guardaba sus ingresos, información que había obtenido, según me comentó, de Scotland Yard a primera hora de la mañana.

No relataré los pormenores de nuestra visita al banco ni toda la conversación que mantuvimos con su director, porque creo que nada de interés puede aportar al caso más allá del hecho de que esto nos permitió descubrir que la cuenta de la víctima no tenía ingresadas más que cien libras y que esta era una cantidad fija que mantenía para gastos y que reponía periódicamente hasta alcanzar esa cifra.

Parecía tratarse, en definitiva, de alguien que apenas gastaba nada y que ni siquiera tenía un domicilio conocido, por lo que todo indicaba que, efectivamente, utilizaba la tienda como vivienda y quizá por eso Martha Bergens siempre lo encontraba ya allí, acudiera cuando acudiera cada mañana.

Durante todo el trayecto hacia la tienda no podía dejar de pensar en por qué motivo alguien vivía por decisión propia de forma no ya austera sino incluso mísera, como parecía ser el caso de Walter Harrison, cuando podía permitirse muchas más comodidades.

Teniendo en cuenta que no soy especialista en antigüedades y recordando además el escaso valor monetario que parecían tener los sellos que le había comprado a Constance Rawlinson, empecé a pensar que quizá su pequeña tienda no era otra cosa más que un almacén de multitud de objetos inservibles.

Compartí estos pensamientos con Rheslock Holmes, quien me hizo ver un detalle en el que no había caído.

—Los objetos, mi querido Wats, deben de ser de todo un poco. Parecen mezclarse los valiosos con otros que, como usted dice, dan la sensación de que no valen prácticamente nada. Sí, estoy de acuerdo en que Harrison tenía un aprecio general por las antigüedades, más por su valor intrínseco que por el monetario.

»Con todo y aunque debería ser un especialista quien lo determinara, parece haber objetos aquí lo suficientemente valiosos como para que Walter Harrison tuviera bastante más dinero del que

tiene en el banco. Si no está allí, amigo mío, es porque quizá nunca se separaba de él, por lo que, con toda probabilidad, acabamos de encontrar el móvil del crimen.

—¿Quiere usted decir, Holmes, que lo guardaba aquí en la tienda y que eso fue lo que buscaba el agresor? —pregunté para asegurarme de si lo estaba entendiendo bien.

—Efectivamente, mi querido Wats. En algún lugar de esta tienda tenemos que encontrar un indicio evidente que nos demuestre que falta algo y no me extrañaría que se trate de algún escondite o de alguna caja vacía.

Después de comentar todo esto, ambos nos pusimos a escudriñar por la tienda. Holmes se había metido en la trastienda y yo entraba y salía de ella, me iba al mostrador, echaba un vistazo a objetos de todo tipo, iba de una esquina a la otra... Fue mi amigo quien de repente me llamó.

Cuando entré, había puesto varios libros encima de la mesa que tenía allí Harrison y había abierto sus cajones. Una sonrisa de triunfo se dibujaba en su rostro.

—¿Le gusta a usted Edgar Allan Poe, mi querido Wats? —me preguntó nada más entrar.

—Sí... de hecho, me he leído todos sus cuentos. ¿Por qué me dice eso? —le pregunté desconcertado.

—Si ha leído todos, entonces conocerá *La carta robada*.

Conocía el relato. En esa historia, una de las tres que Poe escribió sobre el detective Auguste Dupin, una valiosa carta es robada y el ladrón la esconde habilidosamente. La policía registra cada rincón de su casa y no la encuentra por ningún sitio, cuando realmente la tenían siempre delante por haber sido escondida en un viejo tarjetero que no llamaba la atención.

—¿Entiendo que lo dice porque ha encontrado algo? —aventuré sin tener todavía muy claro lo que trataba de decirme.

—Acuérdese de que en esa historia se decía que el mejor sitio para esconder algo es ponerlo a la vista de todos—me dijo.

—Sí... pero... ¿qué es lo que estamos buscando? —seguí preguntándole, imagino que con cara de estar completamente perdido.

—Miré por todos los sitios a ver si había algo que nos diera una pista. Nada sospechoso. Miré en armarios, cajones, estanterías... e incluso en el hueco entre los muebles y la pared por si acaso podía haber dejado oculto algo allí.

Efectivamente, a excepción de una aparentemente pesada estantería repleta de todo tipo de cachivaches, los demás muebles habían sido ligeramente despegados de la pared. Imaginé que Holmes había examinado por detrás de los mismos y que iba a enseñarme algo que hubiera encontrado. Me equivocaba.

—A no ser que haya algo detrás de esa estantería que vamos a intentar mover ahora entre los dos puesto que yo no pude hacerlo solo, no encontré nada, pero de repente pensé en si podía haber algo entre los objetos de sus baldas. Fue entonces cuando reparé en que quizá podíamos haber estado volviéndonos locos mirando por la tienda o incluso moviendo muebles y a lo mejor era algo que teníamos delante de nosotros sin más.

—¿Y por eso pensó usted en Poe? ¿Por eso me ha nombrado *La carta robada*? —le pregunté.

—Porque el mejor sitio para esconder algo es dejarlo por completo a la vista... especialmente cuando se tienen estos libros gigantescos —añadió sonriendo triunfal, mientras abría uno de ellos que había sido totalmente vaciado por dentro para crear así un hueco rectangular en el que guardar algo.

—¡Claro! ¡Un falso libro! Sin embargo, no tiene nada dentro —añadí con cierta decepción.

—Y eso es lo que indica, mi querido Wats, que vamos en la buena dirección. Aunque debo confesarle que lo pensé, hubiera sido demasiado novelesco el encontrar una baldosa que no encaja o una tabla removida. Parece claro que Harrison, quien no debía de querer gastar en la adquisición de una caja de caudales, improvisó una mediante este truco que, debo reconocerlo, también tiene mucho de literario. Este libro debía de guardar algo que fue lo que el asesino se llevó.

3

Si desde que nos visitó Lestrat aquella mañana y nos llevó a la tienda de antigüedades apenas habíamos parado, lo cierto es que los siguientes días se caracterizaron por la inacción. No es esta quizá la palabra adecuada. Holmes se había encerrado en nuestro apartamento de Marylebone Road y no paraba de ojear la ingente cantidad de recortes de periódico que a diario recopilaba y que organizaba en gruesos tomos según temáticas.

Todos ellos guardaban relación con el crimen en general, pero unos estaban dedicados a robos, otros a asesinatos, otros a muertes violentas y accidentes producidos en extrañas circunstancias, otros a acontecimientos de política interior y exterior que no habían quedado lo suficientemente aclarados...

Junto a sus recortes, se había agenciado de otros tantos periódicos y revistas y se afanaba en buscar algo que no me había querido contar. Me decía que tenía una teoría, pero que no quería hablar de ella hasta que no tuviera certezas de que tenía fundamento y, con ello, me invitaba muy sutilmente a que me marchara y lo dejara solo.

Ya he dicho que Rheslock Holmes podía tener estos contrastes tan marcados y, así como cuando fuimos a comer con Lestrat o como cuando visitamos a Constance Rawlinson se encontraba hablador e iba compartiendo sus pensamientos, encerrarse con sus recortes de periódico le había sumido en un estado de silencio sepulcral y de concentración máxima.

Como ya estaba más que acostumbrado a todos esos cambios, cuando se producía un momento como aquel, me afanaba en no hacer ningún ruido que pudiera molestarle, de manera que salía a dar largos

paseos o me enfrascaba en alguna lectura que me mantuviera entretenido.

Fui a dar con uno de un escritor escocés que había fallecido hacía ya unos años. Se titulaba *El extraño caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde* y me pareció extremadamente original en tanto en cuanto abordaba un desdoble de la personalidad humana en función de un compuesto químico que ingería su protagonista.

Por otra parte, aunque se trata de una novela muy corta y tremendamente adictiva, tuve que abandonar su lectura porque el doctor Jekyll y sus transformaciones en Edward Hyde me recordaron a los constantes cambios de humor de Rheslock Holmes, echándome a reír a carcajada limpia en más de una ocasión y recibiendo acto seguido severas recriminaciones por su parte por haberle distraído en lo que él consideraba un momento crucial.

Si prolongados podían ser los momentos de silencio de Rheslock Holmes, bruscamente podían ser interrumpidos por otros tantos de intensa verborrea o, cuando menos, de comunicación de todo aquello en lo que había estado pensando durante su mutismo y, cuando esto sucedía, podía hasta indignarse si consideraba que no recibía la atención que merecía.

Esto sucedió una tarde que yo volvía de mi paseo por las calles londinenses. Cuando entré por la puerta de nuestro apartamento esperando seguir encontrándomelo en el mundo lleno de papeles en el que se había sumergido los últimos días, me topé en cambio con alguien que me aguardaba con gesto adusto y que me reprochaba haber invertido tanto tiempo en ocio y distracción cuando había tanto que hacer.

Me hizo sentar y fueron varios los recortes que fue poniendo delante de mí. El primero de ellos hablaba de la desaparición de un valioso collar; el segundo de un brillante; el tercero, de un códice medieval de reducidas dimensiones que estaba en posesión de un coleccionista y así me fue mostrando varias noticias más con este denominador común.

No terminaba de ver la relación que estas noticias podían tener con el asesinato de Walter Harrison, como no se tratara de la

existencia de una red criminal dedicada al robo de antigüedades. Observé por las fechas que figuraban en los recortes que había cierta continuidad en los acontecimientos desde los últimos nueve meses, lo que hizo que me reafirmara en mi teoría de la actuación de una banda de la que el anticuario habría sido víctima.

—Wats, no se quede solo con los titulares y con las ilustraciones —me reconvino Holmes—. Lea las noticias con atención a ver si descubre algo que le llame la atención.

Así lo hice y hasta en un par de ocasiones cada una, pero no encontré nada que me llamara la atención. Era evidente que en todas ellas había algo común como era la desaparición de un objeto de valor, pero más allá de ello y de mi hipótesis de la existencia de una organización o, cuando menos, de un ladrón profesional, no veía que se me estuviera escapando nada más y así se lo hice saber a mi amigo.

Con una media sonrisa, Holmes llamó mi atención sobre dos de las noticias en las cuales se hacía alusión que la desaparición de los bienes había tenido lugar después de un traslado domiciliario.

—¿Personas que cambiaron de casa y que perdieron objetos? Eso no es nada infrecuente, Holmes —le señalé sin terminar de tener claro a dónde quería llegar—. Además, esto es lo que se dice en dos recortes, pero no en los demás.

—Mi querido Wats, es lo que se dice en dos recortes y no en el resto porque las personas que redactaron las dos noticias en las que se menciona ese detalle lo consideraron relevante y el resto no. Sin embargo, amigo mío, le apuesto lo que quiera a que el resto de las desapariciones de objetos también tuvieron lugar en circunstancias muy semejantes.

—No se lo niego, posiblemente. Estaríamos hablando entonces de ladrones que aprovechaban esos cambios de domicilio para sustraer lo que les había llamado la atención.

—Será mejor que lo comprobemos acudiendo a hablar con los afectados, ¿no le parece? ¿Me acompaña? —me preguntó, extendiéndome mi sombrero y haciendo con ello que, por fin y después de varios días, volviera a sentirme parte de la investigación.

No relataré con detalle la conversación que tuvimos con cada

uno de los propietarios con los que fuimos a hablar, a cada cual más adinerado y excéntrico. Si la conversación con Constance Rawlinson a raíz de aquellos sellos me había dejado con un mal sabor de boca, no mejoró esa sensación ninguna de las personas con las que fuimos a hablar.

La teoría de Rheslock Holmes se cumplió a medias, pero, lejos de verlo decepcionado por ello, me pareció que incluso estaba disfrutando con lo que unos y otros le iban contando. Digo que se cumplió a medias porque, efectivamente, algunos se habían traslado de residencia cuando les desaparecieron los objetos, pero otros sencillamente no.

Se rompía de esta manera la pauta o el denominador común que ligaba todos estos hechos, si bien a Holmes no parecía importarle. Hicimos visitas durante aquella tarde y a lo largo de todo el día siguiente. Anduvimos como pocas veces habíamos hecho en nuestras aventuras anteriores. Recorrimos Londres de punta a punta.

En mi opinión, no habíamos hecho otra cosa más que perder el tiempo. Todo aquel a quien le había desaparecido algo dijo no tener ningún conocimiento de los otros casos y, como me imaginaba, todo afirmaron no haber visto nunca a Walter Harrison, lo que por otra parte era comprensible si fue una víctima más de una banda de criminales. Los afectados no se suelen conocer entre ellos, por lo que no entendía por qué Holmes estaba tirando por aquella dirección en sus preguntas.

De regreso a Marylebone Road, le pregunté si había sacado algo en claro, puesto que lo notaba excesivamente triunfal y, en mi opinión y aunque quizá era el cansancio extremo el que hablaba por mí, no había absolutamente nada de lo que estar tan satisfecho.

—Querido Wats, usted siempre en la dirección equivocada. No, no se enfade —añadió Holmes cuando vio que me ponía serio—. Lleva dos días hablándome de una organización criminal que se ha dedicado a robar toda una serie de objetos valiosos en los últimos meses. En su historia, la intrusión en la tienda de Harrison y su asesinato tiene pleno sentido porque esa noche le tocó a él que le robaran, ¿no es cierto?

Asentí. Era lo que yo pensaba. Harrison tuvo la mala suerte de convertirse en el blanco de una banda de criminales que, no solo decidió robarle, sino que además, y para su terrible infortunio, le provocaron la muerte al encontrarse en la tienda en el momento en el que se iba a producir el robo.

—¿Y no le llama la atención, mi querido amigo, que la muerte de Walter Harrison sea la única que se haya producido?

—No, Holmes, no me llama la atención puesto que Harrison sorprendió al asaltante o asaltantes. Quiero decir, que no creo que se trate de un cambio en el patrón de los delitos, sino de una circunstancia sobrevenida e imprevista que se atajó por la vía rápida —justifiqué, plenamente convencido.

—Reformularé mi pregunta, Wats. ¿No le llama la atención que en todos los demás objetos que desaparecieron o, si quiere, que fueron robados se percibe una habilidad para sustraerlos sin llamar la atención y sin que los propietarios se enteraran hasta incluso transcurridos varios días y que, en el caso de Harrison, esa habilidad brille por su ausencia y que se cometiera el robo con tanta torpeza? ¿No le extraña que alguien capaz de actuar con sigilo y sin dejarse sorprender, de repente entre precipitadamente en un lugar sin haberse asegurado primero de si su propietario estaba o no dentro?

—No lo sé, Holmes. Hasta el plan más meticulosamente planeado puede salir mal —me defendí, aun reconociendo en mi fuero interno que sí que era algo extraño el contraste entre lo sucedido en la tienda de Harrison y todos los demás casos.

—Sin embargo, no sé si se dio cuenta en que hubo una cuestión en la que me mostré especialmente insistente —añadió.

—¿Se refiere a lo de la empresa que se encargó del traslado de objetos? —caí súbitamente en la cuenta.

Efectivamente, hasta el momento no había comprendido lo que quería decirme, pero, cuando dijo eso, recordé que en todas las casas que habíamos visitado aquellos dos días y en las que sus propietarios afirmaron haber cambiado de vivienda había preguntado si el traslado de sus pertenencias era algo que habían realizado por su cuenta o era algo que les habían encargado a otras personas.

—¿Sugiere usted que el robo de todos estos objetos guarda relación con quienes se encargaron de estas mudanzas?

—Afirmo, no sugiero, mi querido Wats, que cuando estas operaciones las ha realizado la misma empresa, como pude ver en los albaranes y recibos que me mostraron los propietarios, esa empresa o, por lo menos, uno de sus trabajadores se encuentra detrás de todo.

Me quedé boquiabierto y solo pude protestar.

—Pero Holmes, yo no vi esos papeles. ¡Usted tenía información que yo no conocía!

—Mi querido Wats, ¿acaso no ha sido siempre así? —me contestó riendo y dándome una amistosa palmada en la espalda.

Yo también reí. Hacía ya muchos años que conocía a Rheslock Holmes para que eso me molestara o me sorprendiera.

—Tenemos tres casas en las que no ha habido ninguna mudanza y que no parecen tener relación con nuestro caso. Claro, yo eso no podía saberlo cuando estuve buscando noticias y anuncios en los periódicos. Del mismo modo, cuando le pregunté a Lestrat, cosa que hice en un momento en el que usted no estaba, yo buscaba desapariciones de objetos que se hubieran producido en los últimos meses.

—Por ejemplo, el de la tal Greta...

Me refería con ello a una casa en la que habíamos estado la tarde anterior y a cuya propietaria, una mujer escultural, le había desaparecido un collar que luego apareció en la maleta de su marido justo cuando este iba a tomar un tren.

—Ese caso, Wats, no guarda relación con el nuestro, aunque no estoy nada convencido de que se haya resuelto correctamente —reflexionó mi amigo—. En cambio, en otras cuatro casas, nos han mostrado cómo encargaron su mudanza a la empresa «Alfred Smith e hijos».

—Adivino, Holmes, que ahí es donde nos dirigimos ahora —comenté, creo que sin poder disimular la resignación que sentía por no poder retirarnos todavía a nuestro apartamento a descansar después de las largas caminatas que habíamos dado aquel día.

—Le alegraré la tarde diciéndole que lo vamos a dejar para

mañana antes de que usted desfallezca porque para mí, mi querido Wats, usted es lo primero...

Me quedé mirándolo estupefacto porque no era esa, ni mucho menos, la actitud habitual de Rheslock Holmes, especialmente cuando se encontraba detrás de una pista, momentos en los que la empatía era una sensación que brillaba por su ausencia en él, si es que acaso alguna vez la tenía.

— ...y, sobre todo, porque a estas horas de la tarde es altamente improbable que encontremos en dicha empresa a alguien con quien podamos hablar —concluyó.

Aquel sí que era Rheslock Holmes en estado puro.

No quise levantarme tarde a la mañana siguiente porque imaginaba que, si lo hacía, encontraría a mi colega de mal humor. Cuando salí de mi habitación, todavía en pijama, me lo encontré ya completamente vestido, con cierta aspereza en su rostro y dando vueltas como un león enjaulado.

—¡Ya era hora! Si tiene usted la amabilidad de desayunar para que podamos ponernos en movimiento...

Aunque cada vez me impresionaban menos aquellas escenas y cambios de humor a los que estaba ya plenamente acostumbrado, me apresuré y no tardamos más de quince minutos en salir por la puerta. De camino, recordé a Martha Bergens hablándonos de los transportistas que de vez en cuando aparecían por la tienda.

Todo empezaba a cobrar sentido. Alguno de ellos debió de haberse dado cuenta de los objetos que Walter Harrison tenía en su tienda o quizá se fijó en uno de ellos en particular y, por ese motivo, volvió la noche del crimen y asesinó al anticuario, muy probablemente porque este no solo le había sorprendido, sino porque incluso pudo haberlo reconocido.

Este era un factor que convenía tener en cuenta y abría la posibilidad de que la muerte de Harrison no hubiera sido fortuita, como se podía pensar en un primer momento, sino totalmente intencionada para que no pudiera delatar a su agresor ni denunciar a qué se dedicaba fuera de su trabajo.

No dejaba de chirriar el hecho de que el ladrón hubiera entrado a robar en una tienda cuando acostumbraba a actuar en casas lujosas o, más bien, a aprovechar las mudanzas de sus propietarios para sustraer aquello que le interesaba. No era una mala idea. ¿Cuántas cosas se nos han extraviado al cambiar de domicilio y no nos hemos dado cuenta hasta que no ha pasado un tiempo?

Es cierto que cualquiera que se vea obligado a sobrevivir a duras penas en este inicio de siglo no tardaría nada en notar la desaparición de un collar o de un rubí si lo tuviera y, contra todo pronóstico, nunca se hubiera desprendido de él; sin embargo, las personas con las que nos habíamos entrevistado en los últimos días eran gente acaudalada que me figuro que poseería tal cantidad de bienes que podía permitirse el lujo incluso de despistarse con respecto a algunos de ellos.

Con todo, seguía pensando en que el robo y asesinato de la tienda de antigüedades era demasiado diferente al, por así decirlo, *modus operandi* del asaltante o de su banda, fuera lo que fuera. Holmes ya me había advertido de esas llamativas divergencias y le saqué el tema, pero se limitó a asentir y no dijo ni una sola palabra.

En medio de todas estas cavilaciones, no se me hizo largo el trayecto y enseguida llegamos a las oficinas de «Alfred Smith e hijos». Debo confesar que estaba deseando llegar porque había leído que no hacía ni diez años que los alemanes Benz y Daimler había diseñado vehículos de grandes dimensiones, mucho mayores que los coches motorizados, para el traslado de mercancías, pero nunca había tenido ocasión de ver ninguno.

Si habíamos sido siempre y de manera indiscutible la gran potencia industrial europea e incluso mundial, parecía que estábamos perdiendo esa primacía en beneficio de alemanes y estadounidenses. Puede que, en los últimos años, hubiera habido críticas de algunos sectores hacia los tradicionales valores victorianos ingleses, pero lo cierto es que, para mí, el nuevo siglo XX abría tiempos inciertos para Inglaterra.

No sé cómo harían los de «Alfred Smith e hijos» sus traslados de mercancías porque lo cierto es que no vi que tuvieran ningún vehículo

gigantesco de los que yo quería ver. Era una compañía mucho más pequeña de lo que había imaginado, a juzgar por sus modestas instalaciones.

—Me imaginaba una empresa de más entidad, viendo el poder adquisitivo de todos con los que hemos hablado estos días —le susurré a Holmes mientras esperábamos a uno de sus directivos, después de que nos hubieran dicho que aguardáramos.

—Es posible que, aun así, ofrezca buenos servicios o que se anuncien regularmente en la prensa siendo más conocida que otras, Wats. No se deje engañar por las apariencias —me respondió mi amigo.

Si había imaginado una empresa más grande, también pensé que nos recibiría alguien entrado en años cuando nos dijeron que esperáramos al dueño. Nada más lejos de la realidad. Un joven que tendría poco más de treinta años y que se identificó como Jack Smith hizo acto de presencia y nos invitó a que entráramos en su oficina. Imaginé que sería uno de los hijos a los que hacía alusión el nombre de la compañía.

Rheslock Holmes explicó sucintamente al dueño de la empresa el motivo de nuestra visita y la coincidencia más que llamativa de que se hubieran producido desapariciones de objetos en cuatro casas en las que «Alfred Smith e hijos» había prestado sus servicios.

—¿Vienen a acusarnos de ser unos ladrones? —saltó airado y visiblemente molesto el dueño.

—La acusación sería tal si hubiéramos acudido con la policía —le atajó rápidamente Holmes sin darle tiempo a que siguiera replicando—. Considere esta visita, señor Smith, como un acto de pura cortesía que pretende evitarle males mayores. No acusamos a su compañía de nada en lo que se refiere a su política de empresa, pero sí que tenemos motivos más que suficientes para sospechar que uno o quizá varios de sus trabajadores podrían haber estado sustrayendo objetos de cuantioso valor en varias casas cuyos propietarios les contrataron.

El rostro de Jack Smith se endureció, si bien mostró una actitud completamente diferente, que pasó del enfado a la preocupación por

lo que Rheslock Holmes estaba diciendo.

—Desde luego, señores, si ustedes pueden demostrar lo que están diciendo, actuaremos enérgicamente. No queremos a nadie así entre nosotros —expresó categóricamente.

Mi colega le proporcionó las señas de las viviendas que habíamos visitado. Aunque Smith tenía una secretaria a la que habíamos visto en una mesa que se encontraba fuera junto a la puerta de su despacho, fue él mismo el que se levantó, se dirigió a un archivador y volvió con unas cuantas carpetas que contenían papeles, fundamentalmente albaranes y facturas.

—En todas las casas que ustedes han nombrado coincide Louis Hatton. Aunque siempre enviamos a varias personas, el único que estuvo en las cuatro viviendas fue Hatton —concluyó con severidad tras examinar el contenido de las carpetas.

—Necesitamos que llame a Hatton, pero antes es imprescindible que compruebe y nos diga si alguna vez prestaron ustedes algún servicio a una tienda de antigüedades que se encuentra en el centro.

Rheslock Holmes le indicó la dirección de la tienda y Jack Smith respondió sin titubear.

—No necesito mirar nada, señor Holmes. El señor Harrison es uno de nuestros clientes más habituales y a menudo nos llama para que le llevemos objetos de aquí para allá. Cajas grandes, pequeñas... un poco de todo, pero con bastante asiduidad, la verdad.

—No debería hablar en presente, señor Smith — le dijo mi amigo —. El señor Walter Harrison fue asesinado en su tienda hace unas cuantas noches. Wats, apresúrese y llame a la policía, por favor.

Lo que sucedió a continuación transcurrió a ritmo frenético. No me esperaba que Holmes me pidiera aquello, pero lo cierto es que había habido más de una ocasión en el pasado en la que, cuando esto había sucedido, siempre había sido por un motivo grave y urgente, por lo que no hice ninguna pregunta, salté de mi silla como un resorte y me dispuse a buscar el magnífico invento atribuido a Alexander Graham Bell pero, en realidad, diseñado ya veinte años atrás por un italiano.

Tan solo tenían un aparato en aquella empresa que no funcionaba, por lo que me dirigí lo más rápido que pude a la calle para localizar a un oficial. Una vez se me ocurrió sugerirle a Lestrat, mitad en broma mitad en serio, que, habida cuenta de todas las veces que Rheslock Holmes y yo habíamos colaborado con él, podía darnos un silbato de los que utilizan ellos para acudir con rapidez cuando un policía necesita refuerzos, pero lo único que recibí de su parte fue un bufido. No me hubiera venido nada mal disponer de uno en aquel momento.

Tras haber recorrido un par de calles a velocidad decreciente por ir venciéndome la fatiga, me topé con uno. No estaría menos de cinco minutos intentando convencerle para que me acompañara porque, en realidad, no sabía qué motivo debía darle. Aunque me figuraba que era para detener a Louis Hatton, Rheslock Holmes no me había dado ninguna indicación de lo que debía decirle, por lo que me temo que, al principio, debió de pensar que estaba tratando con un desequilibrado. Finalmente, conseguí que viniera conmigo cuando le nombré al detective al que todo Londres conocía.

Cuando llegamos a las oficinas de «Alfred Smith e hijos», el revuelo que se había organizado durante mi ausencia había sido también considerable. El oficial de policía que me acompañaba y yo nos encontramos con un fornido desconocido que se encontraba sentado en una silla, visiblemente alterado, con Holmes apuntándole con un revólver y con el dueño de la empresa y otro trabajador sin quitarles un ojo de encima. Las vestimentas de todos y la propia escena sugerían que se había producido un forcejeo entre ellos.

—Oficial —empezó a decir Holmes—, estoy en condiciones de asegurar que este hombre es el responsable de los robos que se han cometido hasta en cuatro viviendas durante los últimos nueve meses. La empresa puede certificar que es la única persona que estuvo presente en todas ellas y no me cabe ninguna duda de que sus propietarios así podrán certificarlo.

El desconocido de la silla, cuya camisa estaba hecha jirones y que deduje que se trataba de Louis Hatton, nada dijo. Me sorprendió que se hubiera resistido físicamente y que se hubiera peleado con

todos aquellos hombres y, en cambio, no intentara hacerlo verbalmente. Podría entenderlo si hubiera estado allí un abogado que le hubiera recomendado no hacerlo, pero no siendo el caso y encima tratándose de alguien que parecía ser bastante impulsivo e incluso agresivo, resultaba un tanto extraño.

El oficial se lo llevó detenido, no sin que antes Rheslock Holmes le diera una hoja de papel doblada en la que había escrito algo y que le pidió que le entregara al inspector Lestrat. Tan pronto salieron por la puerta, nosotros también nos fuimos de las oficinas de «Alfred Smith e hijos».

No conseguía quitarme de encima la sensación de que se me estaban escapando multitud de cosas. Louis Hatton era el responsable de los robos en todas aquellas viviendas aprovechando el traslado de sus bienes de un domicilio a otro. Eso me quedaba claro. Ahora bien, ¿qué relación tenía todo aquello con el caso del anticuario? Me daba la sensación de que habíamos empezado investigando una cosa y nos habíamos desviado a algo completamente diferente y sin relación.

Me atreví a compartir estas inquietudes con Rheslock Holmes de camino a donde quisiera que fuéramos, que tampoco lo tenía claro. Para no variar, no sabía cómo me respondería Holmes y si tendría ganas de explicarme algo, pero no perdía nada por intentarlo. Afortunadamente, sí que se encontraba hablador.

—Mi querido Wats, hay una relación entre los dos casos. ¿Recuerda que comentamos lo extraño que resultaba el asalto en la tienda de antigüedades cuando se comparaba con la forma en la que habían sido sustraídos los objetos en el resto de los escenarios?

—Claro, Holmes. Por eso me da la sensación de que hemos ido de una cosa a otra muy distinta.

—No crea que tanto, amigo mío. Hatton no trabajaba solo. Ni siquiera creo que cada uno de los bienes que robaba en cada mudanza durara en sus manos más allá de lo estrictamente necesario. Todo lo contrario, no creo que se caracterice por su amor a las antigüedades, pero sí al dinero que estas reportan cuando se venden y cuando se encuentra a quien está dispuesto a comprártelas sin preocuparse mucho de la procedencia.

—¿Harrison? —pregunté, adivinando a dónde quería llegar.

—Estoy seguro de que un completo y detallado inventario de todos y cada uno de los objetos que hay en la tienda conducirá al hallazgo de los bienes robados por Hatton, a no ser que Harrison ya los vendiera nada más adquirirlos.

—Pero entonces... ¿Hatton y Harrison eran socios? —pregunté, al haber partes de la historia que seguían quedándome oscuras.

—Martha Bergens —continuó Holmes— dijo que varios transportistas acudían por allí de vez en cuando y recuerde que fue lo primero que comentó cuando hablamos con ella en nuestro paseo por el parque. Eso es completamente normal en una tienda, no tiene nada de particular.

—Pero Holmes, eso no demuestra ninguna conexión entre Hatton y Harrison. Podía ser alguien que fuera periódicamente por allí, trayéndose y llevándose paquetes, cajas, muebles y que, de repente, viera algo que le gustara y decidiera volver a por ello —le interrumpí.

—Ya hablamos de la improbabilidad de ello, Wats. Cuando pensábamos que la clave estaba en los sellos que habían desaparecido, ya concluimos, si mal no recuerda, que era prácticamente imposible que cualquiera que entrara en la tienda pudiera ver lo que había en la trastienda.

»Como norma general, los transportistas, que a menudo tienen que atender no pocos encargos, se mueven con rapidez y muchas veces incluso descargan en la misma puerta. Ya lo pensé cuando nos lo dijo la muchacha, pero por aquel entonces apenas sabíamos nada de las circunstancias en las que se había producido el crimen.

»Hay algo que hemos dado por supuesto en todo momento y es que el ladrón se llevó lo que Harrison escondía en el hueco de aquel grueso libro, si bien, Wats, no deja de ser una suposición y quizá fue otra cosa lo que le había llamado la atención. En todo caso, imaginando que lo que se llevó fue lo que escondía en el falso libro de su trastienda, no es ya improbable, sino completamente imposible que lo viera desde fuera y máxime cuando estaba en la librería junto a todos los demás.

»No, amigo mío. Quien entró en la tienda de antigüedades a

robar aquella noche sabía muy bien lo que buscaba y dónde encontrarlo. Hatton observaba lo que había allá donde acudía y, obligado a improvisar, tomaba lo que le interesaba y lo que podía escamotear.

—Pudo acudir un día a la tienda a llevar un paquete y, mientras esperaba, ver cómo Harrison escondía algo en el libro —reparé.

—Es usted perseverante, Wats —me dijo riéndose—. La verdad es que no le puedo decir que no tenga lógica. Sin embargo, me inclino a pensar que Harrison y Hatton eran socios y el primero compraba todo aquello que le interesaba de entre lo que había robado el segundo.

»Todo sin pruebas, todo sin dejar rastro, todo en metálico y sin ingresar ese dinero en el banco para no levantar sospechas. Quizá incluso era eso lo que Harrison guardaba en el falso libro, es decir, el dinero negro que es evidente que no podía dejar a la vista de Martha Bergens. Precisamente a hablar con ella es a donde nos dirigiremos esta tarde a primera hora.

—¿Con la muchacha? ¿Para qué? —pregunté estupefacto.

—Cuando usted se marchó a buscar al oficial y después de que el señor Jack Smith hubiera confirmado verbalmente que Walter Harrison era cliente suyo, buscó entre sus papeles y todas las facturas y albaranes aparecían sin firmar, por lo que no contamos con una evidencia que demuestre que fuera Hatton el trabajador que acudía allí.

»Su testimonio será de gran valor para identificarlo como tal y, si el oficial entrega a Lestrat la nota que le di, él también nos acompañará para escuchar lo que tenga que decir la chica, además de para, espero, darnos algunos datos por los que le he preguntado.

Y una vez más, Rheslock Holmes se volvió a sumir en un silencio sepulcral.

4

A primera hora de la tarde, tal y como había dicho mi colega, el inspector Lestrat volvió a aparecer por Marylebone Road acompañado por un joven policía que nos presentó como Peters.

—Tenía usted razón, Holmes. Su novio. He conseguido la orden —comentó.

Salimos apresuradamente. Un coche nos esperaba en la calle y, tan pronto estuvimos todos montados, el cochero enfiló una dirección que le dio Lestrat y que yo no pude oír. En esta ocasión, todos estaban extremadamente serios o, por lo menos, es lo que me pareció, por lo que preferí quedarme callado a la espera de ver cómo se desarrollaban los acontecimientos y, en especial, de averiguar por qué motivo éramos cuatro personas las que nos desplazábamos para hablar con Martha Bergens.

Cuando llegamos a su casa, fue precisamente ella la que nos abrió la puerta, quedándose boquiabierta cuando nos reconoció al inspector Lestrat, a Rheslock Holmes y a mí.

—¿Qué sucede? ¿Qué quieren? Ya les dije todo lo que sabía —se apresuró a decir.

—No sucede nada, Martha. Hemos hecho algunos descubrimientos importantes que podrían aclarar la muerte del señor Harrison y tan solo queremos hacerte algunas preguntas. ¿Podemos pasar? —la tranquilizó Holmes.

—Bueno... —titubeó—, no estoy sola en estos momentos.

Tras decir esto, un joven que tenía una musculatura bastante desarrollada apareció por el fondo. Llevaba el torso al descubierto, apresurándose a desaparecer de nuestra vista y metiéndose de nuevo

en la habitación de la que había salido.

—No tiene la menor importancia, Martha. ¿Es tu novio, tu prometido o algo? —le preguntó mi amigo.

—Es... un amigo —respondió ella desconfiada.

—No hay ningún problema. Puede estar aquí con nosotros. Inspector, por favor, dígale que venga.

El inspector Lestrat hizo lo que Holmes le había pedido, entrando no sin cierta brusquedad en la habitación en la que se había metido y reapareciendo con el joven, quien sería a ojo unos cinco años mayor que ella. Si cuando llegamos estaba desnudo de cintura para arriba, lo que hacía sencillo imaginar qué estaba haciendo con Martha, cuando reapareció con Lestrat se había puesto una camisa y una chaqueta.

—Martha, tenemos motivos para creer que tu jefe, el señor Harrison, tenía especial trato con un repartidor o transportista —comenzó diciéndole Holmes—. Tú misma nos pusiste sobre la pista cuando nos dijiste que eran varios los que acudían con asiduidad por la tienda.

—Sí, era normal a causa de lo que mi jefe compraba o vendía a menudo.

—Uno de ellos, llamado Louis Hatton, se encuentra detenido tras haber sido acusado de robar en varias casas a las que él acudió a trabajar, contratado para encargarse de mudanzas. Necesitamos una prueba que demuestre la vinculación que tenía con tu jefe. ¿Crees que podrías reconocerlo si te enseñáramos una fotografía? —le preguntó Rheslock Holmes.

—Creo que sí... No sé, ensémela a ver —dijo ella dubitativa.

Holmes le hizo una seña con la cabeza al inspector Lestrat, quien sacó del bolsillo una fotografía que le mostró a la muchacha. Tan pronto la vio, reconoció a Hatton considerablemente emocionada.

—Sí, sí, sí, señores, sí. Este era el hombre que venía tantas veces por la tienda. De hecho, no solo venía como repartidor, sino que también lo hizo alguna que otra tarde. Cuando yo estaba trabajando, a veces entraba de muy malas maneras, mi jefe y él se encerraban en la trastienda, se ponían a discutir y luego el de la fotografía se marchaba hecho una furia.

—¿Oíste si alguna vez lo amenazó con agredirle o con hacerle algo peor? —le preguntó Holmes.

—Una vez salió dando gritos y dijo que lo iba a matar, pero imaginé que era una forma de hablar. Si hubiera sabido entonces que lo decía en serio... —dijo Martha, sin poder terminar la frase.

Rheslock Holmes se quedó un minuto en silencio, sacó su pipa, se la puso en la boca, se la volvió a guardar y miró unos segundos por la ventana. Nosotros nos limitábamos a verle hacer todo eso sin decir nada.

—¿Quién es realmente este joven, Martha? —preguntó tras el intervalo de silencio que él mismo había guardado.

La chica titubeó y empezó a temblar.

—¿Para qué quiere saberlo? Ya le he dicho que es un amigo... un amigo especial, si quiere, pero él no tiene nada que ver con esto. De hecho, ni siquiera vive aquí.

—¡Si quiere saber algo de mí, pregúntemelo a mí y no a ella! —bramó envalentonado y con actitud chulesca el amigo de Martha Bergens.

—Pues ya que es usted tan amable, haga el favor de quitarse la chaqueta y camisa que se ha puesto a toda velocidad cuando nos ha visto en la puerta y enséñenos sus brazos, por favor —le dijo Holmes de forma cortés a la par que desafiante.

—¿Qué está usted diciendo? ¿Quiere que le dé su merecido por venir aquí a molestarnos a Martha y a mí? —contestó sin achantarse y encarándose con Holmes.

—¡Escucha, mequetrefe! O abandonas ahora mismo esa actitud de gallo de corral y nos enseñas los brazos o te quitamos nosotros la camisa a la fuerza. El inspector Lestrat tiene una orden judicial que le faculta para ello, así como para registrar hasta el último rincón de esta casa.

Hacía tiempo que no veía a Holmes reaccionar de esa manera. En más de una ocasión había tenido que hacerlo cuando nos habíamos topado con alguien que se nos había puesto agresivo.

La tensa situación se vio agravada por las lágrimas de Martha

Bergens, que parecía haberse desmoronado. Rheslock Holmes aprovechó el momento para cogerle el brazo izquierdo y remangárselo. En su antebrazo podía verse un enorme cardenal.

A las ocho de la tarde, todavía con abundante luz gracias al horario de verano, Rheslock Holmes y yo nos encontrábamos de nuevo en Marylebone Road. Martha Bergens y su novio, que resultó ser el chico con el que había coincidido en su primer mes de trabajo en la tienda de antigüedades, habían sido detenidos y llevados a Scotland Yard.

La casa de Martha había sido minuciosamente registrada gracias a la orden judicial y se había encontrado una fuerte suma de dinero que ella confesó que era lo que ambos habían robado a Walter Harrison después de que su novio lo matara, accidentalmente según ellos, la noche que asaltó la tienda y se lo encontró sin esperarlo.

—Le noto pensativo, Wats. ¿Hay algo que le preocupa?

Le comenté a Holmes que no paraba de pensar en lo que había sucedido aquellos días. Jamás se me había ocurrido sospechar de la muchacha y la resolución de todo aquello me había dejado bastante desconcertado.

—En su momento, cuando Lestrat, usted y yo nos fuimos a comer, ya hablamos de cómo el atizador no fue el arma del crimen, sino aquella ocasional con la que Harrison se defendió sin fortuna y sin que pudiera conservar la vida —empezó a decir mi amigo.

—Sí, Holmes, eso lo entendí perfectamente. El tipo de herida que tenía la víctima en su cabeza no encajaba con las que habría producido el atizador, no había restos de sangre e incluso la posición sugería que había impactado contra el agresor, ¿no?

—Efectivamente, veo que lo recuerda bien y eso nos proporcionaba ya de entrada una pista valiosísima que ojalá nos hubiera venido tan pronto en otros casos que hemos tenido.

—¿A qué se refiere? —pregunté sin entender muy bien lo que quería decir.

—Pues que, si el atizador fue utilizado por la víctima y no por el agresor, este debía de haber recibido un impacto que, no obstante, no

le tumbó ni le hirió al no haber tampoco ni una sola gota de sangre suya en el escenario.

—¿Cómo sabe que el atizador impactó contra el agresor? Pudo no hacerlo —reparé.

—Ya lo comentamos, Wats. Si Harrison no hubiera acertado a la hora de darle, la empuñadura se había quedado en su mano o cerca de ella si hubiera soltado el atizador al recibir el impacto en la cabeza. El hecho de que lo que tuviera cerca fuera el extremo y no dicha empuñadura sugiere que el atizador describió un giro de ciento ochenta grados y eso solo pudo producirse por impactar contra algo.

»Esto nos hace pensar en dos cosas. La primera, es que el agresor debía de ser corpulento y dotado de no poca fuerza si recibió un golpe con un atizador de hierro y este no le hizo nada. El segundo detalle es que fue capaz de matar a un hombre descargándole un golpe sobre la cabeza con una cachiporra que me ha comentado Lestrat que le han incautado. No hablamos de un traumatismo o de una factura. Hablamos de una muerte prácticamente instantánea.

»La primera impresión es que debíamos buscar a un gorila con una complexión que no encajaba para nada con la de Martha. Por otra parte, por muy fuerte que fuera el agresor, era imposible que el impacto que había recibido con el atizador no le hubiera dejado, como mínimo, alguna marca en la parte del cuerpo con la cual lo hubiera detenido.

»La chica no tenía ninguna señal visible y el paseo por el parque, con mucha más luz de la que teníamos en la tienda, no evidenció que la tuviera en ninguno de sus brazos, la parte del cuerpo con la que cualquiera se habría defendido en caso de ataque.

—¿Por eso propuso lo de pasear por el parque? —le pregunté.

—En parte sí, porque me interesaba poder observarla mejor, pero también quise sacarla de allí y alejarla de las estúpidas observaciones y comentarios que estaba haciendo Lestrat —me confirmó Holmes antes de seguir explicando.

»Sin embargo, mi querido amigo, me llamó la atención que los primeros a los que nombrara cuando nos relataba posibles sospechosos fueran los transportistas y que, además, se mostrara especialmente

insistente sobre ellos.

»Hablaba de tal o de cual cliente, daba descripciones tremendamente vagas e imprecisas y luego siempre acababa volviendo a hablar de transportistas, repartidores... Por supuesto que podría haber sido uno de ellos, pero su presencia habitual en una tienda de estas características no es nada extraña. ¿Por qué darles tanta importancia y por qué no darle ninguna a su antiguo compañero de trabajo, del que apenas dijo nada cuando le preguntamos?

»En aquellos momentos no teníamos muy claro qué es lo que había desaparecido, si es que acaso lo había hecho algo, pero ya hemos hablado de que desde la tienda no es posible apreciar con detalle lo que hay en la transtienda. ¿Por qué sospechar antes de una serie de transportistas que de un antiguo trabajador, que sí conocería al detalle el lugar?

Hizo una ligera pausa y añadió:

—Lo especialmente cómico, mi querido Wats, es que, en realidad, usted resolvió el caso en el restaurante mientras comíamos con Lestrat.

—¿Cómo dice?

Aquello sí que no me lo esperaba porque nunca había imaginado que se tratara de la chica y, ni mucho menos, que esta tuviera una relación sentimental con su antiguo compañero.

—La historia de los sellos era un tanto extraña, aunque perfectamente posible. Lo cierto es que eran muchas las cosas que debíamos comprobar y por eso teníamos que seguirles la pista, aunque ello supusiera tener que conocer a la desagradable Constance Rawlinson.

»No hay ningún duda del elevado valor en el mercado que pueden adquirir unos sellos, pero si algo tienen es que, en comparación con otros objetos, son muy poco vistosos y no faltaban en la tienda artilugios mucho más lustrosos y llamativos. Me llamó la atención que Martha Bergens, a quien no me imagino como una verdadera especialista en antigüedades, se centrara en unos sellos cuando era mucho más sencillo imaginar cualquier otro bien de los muchos que tenía delante como susceptible de ser robado.

»Harrison tenía unos sellos en su trastienda, dentro de un sobre, según dijo la chica. ¿Qué probabilidad había de que alguien de fuera se fijara en esos sellos cuando, además, en realidad no estaban a la vista?

»Por otra parte, no descarto que Walter Harrison hablara con su empleada, puesto que es una chica de gran belleza y quizá tenía más confianza con ella que con el resto de la humanidad, que lo definió como alguien muy huraño. Con todo, me resultaba francamente difícil de creer que, pese a ello, le hablara de sus objetos y, en concreto, del excepcional valor de unos sellos que, como luego se demostró, no tenían ninguno.

—Pero, Holmes —le interrumpí—, ¿por qué dice que yo resolví el caso en el restaurante? Le aseguro que yo no vi nada de lo que usted está comentando.

—Fue usted mucho más revelador de lo que piensa. Cuando dijo que tan solo la víctima y la chica conocían la existencia de los sellos pensé que, de alguna manera, usted también había experimentado la sensación de que había algo que relacionaba a la señorita Bergens más de lo que parecía a simple vista.

»Yo mismo sugerí que había más personas que podían haber entrado en la tienda y conocer lo que había allí y usted, en un segundo momento de absoluta brillantez, nombró a Stephens.

Henry Stephens era como se llamaba el musculoso muchacho que estaba en la tienda cuando Martha Bergens comenzó a trabajar allí y que se había convertido, primero, en su novio o amante y, después, en el asesino de su jefe.

—Pero Holmes, usted no creía que tuviera ninguna implicación en este asunto porque hacía bastante tiempo que ya no trabajaba en la tienda. Recuerdo que fue lo que usted dijo —le hice ver.

—Tiene toda la razón, mi querido Wats. Fue lo que dije y hubiera tenido pleno sentido si la clave de todo ello hubiera estado en los sellos desaparecidos porque Harrison los había adquirido diez días atrás y Stephens no trabajaba para él desde hacía unos meses. Comprobar la veracidad de la historia de los sellos para saber si eran tan importantes en la trama como la chica nos quiso hacer ver era

fundamental y el primer paso a dar.

»Tras quedar claro que eran unos sellos relativamente corrientes y que no tenían en realidad nada que ver con el tema, se abrió un abanico de posibilidades y su agudo comentario durante la comida con Lestrat me hizo pensar en si no podía seguir habiendo alguna conexión entre ambos jóvenes.

»Antes de encerrarme con los recortes de periódico, le pedí a Lestrat que averiguara la identidad del chico que trabajaba para Harrison cuando Martha Bergens fue contratada y que, según nos dijo ella, o bien se había marchado o bien había sido despedido por la víctima.

—¿Por eso cuando vino Lestrat esta tarde dijo algo de que era su novio? —pregunté recordando sus primeras palabras al entrar en nuestro apartamento.

—Efectivamente —me confirmó—. Al pedirle aquello, puso a uno de sus hombres a seguirlo y descubrió que todas las tardes acudía a casa de Martha para estar con ella. Por eso sabía que esta tarde lo encontraríamos allí y mataríamos dos pájaros de un tiro, aunque la excusa oficial fuera que aportara un testimonio verbal para implicar a Hatton.

—¿Cómo está tan seguro de que no fue Hatton traicionando a su socio, robándole y matándole? Ah, no, bueno, espere... por el cardenal —me di cuenta al momento.

—Efectivamente, Wats. Ya hemos quedado en que el agresor tenía que tener por algún sitio una marca visible del golpe que recibió con el atizador que Harrison utilizó para defenderse.

»Que Hatton era el responsable de los robos era evidente con las pruebas que nos proporcionó Jack Smith, su jefe. La conexión de este con Harrison puede demostrarse con el testimonio de su jefe que certificará que «Alfred Smith e hijos» ofrecía de vez en cuando sus servicios al tendero. La declaración de Martha Bergens que lo sitúa en la tienda encerrándose en la trastienda con su jefe, discutiendo, amenazándolo... quedará sin valor al ser ella acusada de complicidad.

—Se mostró especialmente insistente en acusarlo —recordé con tristeza.

—Usted lo ha dicho, Wats. Demasiado insistente y, si se fijó, llegó a decir incluso que Louis Hatton visitaba a Walter Harrison por las tardes cuando ella no trabajaba allí más que por las mañanas y al principio nos había dicho que no sabía nada de lo que pasaba allí por las tardes. El pánico que le debió de producir el hecho de que estuviéramos todos allí, incluido su novio, provocó que cometiera ese importante desliz, si bien, a esas alturas, yo ya tenía claro que habían sido ellos dos —aseveró Holmes.

»Se reirá si le digo que tan solo quería ver los brazos de los sospechosos, al imaginar que era con ellos con los que habría detenido el atizador. Que Hatton era el ladrón de casas estaba claro; que fuera el asesino, ni mucho menos. Era necesario asegurarse y fue necesario provocarle.

—¿Por ese motivo encontré aquella dantesca escena cuando volví con el policía? —pregunté.

—Sí, Wats. Le mandé a buscar al oficial porque, cuando menos, nos encontrábamos ante un ladrón y estaba claro que se iba a marchar de allí detenido. Por el otro, mi intención era, como le he dicho, provocar una pelea y no quería que se viera envuelto en ella un anciano como usted.

—¡Pero si solo soy dos años mayor que usted! —protesté.

Así era Rheslock Holmes, un hombre de marcados contrastes, incluso en las situaciones más insospechadas.

—No hizo falta mucho para que saltara —continuó explicándome —. Hatton es un hombre de fuerte temperamento y su jefe estaba tan indignado con él que no paraba de gritarle. Discutiendo a viva voz, intentó agredirlo y fue entonces cuando yo salté encima de él. Empezamos a forcejear, Smith llamó a otro empleado para que me ayudara a reducirlo, pero la pelea en la que yo rasgué intencionadamente su camisa me dio toda la información que necesitaba. Aquel hombre no tenía ninguna marca en sus brazos ni en su pecho, por lo que, como imaginaba, quedaba descartado como asesino.

»El resto, querido amigo, se lo puede imaginar. Aunque Martha y su novio no tenían motivos para sospechar que íbamos detrás de ellos

y que un hombre de Scotland Yard no se despegaba de él, no había tiempo que perder. La policía conocía su dirección, pero yo le indiqué a Lestrat que era mejor aprovechar una de las visitas vespertinas que él le hacía a ella para pillarlos juntos.

—Y precisamente él estaba con el torso al descubierto cuando llegamos —señalé.

—Lo estaba y, si se fijó, se apresuró a ir a vestirse. No fue su reacción la propia de alguien a quien han pillado en un momento comprometido y le entra pudor, máxime porque alguien tan altanero como él no creo que conozca esa sensación. Lo que le motivó a actuar así fue la necesidad de cubrirse el moretón de su brazo lo antes posible para que no lo viéramos y lo hizo poniéndose no solo una camisa, sino también una chaqueta, puesto que debió de entrarle miedo de que la camisa no fuera suficiente como para ocultarlo.

»Con este calor, cualquier amante que hubiera querido cubrirse se hubiera puesto la camisa sin más y hubiera sido más que suficiente para adoptar una posición más decorosa. Reforzar su vestimenta con la chaqueta no fue más que una muestra más que me hizo tener claro que esta vez sí que encontraría el tan buscado cardenal o herida que no había visto en ninguno de los otros.

Permanecí un tiempo en silencio digeriendo todo lo que Holmes me había explicado.

—¿A quién cree usted que se le ocurrió la idea? ¿A él en venganza por su despido? ¿A ella porque había visto dónde guardaba Harrison el dinero que no llevaba al banco? ¿A los dos? —pregunté aun así.

—Me temo, mi querido Wats, que eso nunca lo sabremos y que cada uno dará una versión diferente, aunque ahora no paren de decir que la muerte de Harrison fue un accidente. A diferencia de lo que sucede en las novelas de misterio donde todo queda siempre atado, en la vida real hay detalles que ni el más sagaz de los detectives puede saber con total seguridad y que solo se guardan en las conciencias de los que protagonizaron los acontecimientos.